

LIBRO I.

EL INTERINATO.

CAPITULO I.

Muerte de Juarez.—Aspecto general de la República.—Mirada retrospectiva.—Division del partido liberal.—El Sr. Lerdo, causa de esa division.—Revoluciones.—Ultima lucha electoral por la Presidencia de la República.—Juarez, Porfirio Diaz y Lerdo.—El plan de la Noria.—La revolucion porfirista.—Consideraciones generales.

La mañana del 19 de Julio de 1872, el estampido de un cañonazo anunció á los tranquilos habitantes de la ciudad de México, que habia dejado de vivir el C. Presidente constitucional de la República Mexicana, Benito Juarez.

La enfermedad de Juarez era sabida ya por toda la ciudad dos ó tres dias antes de su fallecimiento, pero se habia procurado circular tambien el rumor de que esa enfermedad ni era peligrosa ni presentaba síntomas alarman-tes. Se refería que aun cuando Juarez no habia podido ir á palacio á ocuparse del despacho de los negocios públicos, los ministros habian ocurrido á la casa del Presidente, en donde éste habia dictado y firmado sus acuerdos con la mayor regularidad.

La enfermedad de Juarez se consideraba pues, por el público como una pasajera indisposicion, y cuando en los círculos políticos alguien se atrevia á presagiar algo

de funesto, tal noticia se recibia más como un rumor subversivo parto de una imaginacion exaltada, que como una verdad.

La noticia del fallecimiento de Juarez cayó pues, como un rayo en medio de la sociedad, mas asombrada mientras menos habia podido preever aquella catástrofe.

Los pueblos como los niños, y quizá como los mismos hombres, de tal manera se habituan al presente, cuando este presente tiene raíces profundas en el pasado, que apenas se toman el cuidado de pensar cómo dejará de existir, ó cómo podrá cambiar la situacion en medio de la cual han vivido tanto tiempo.

Por una preocupacion del espíritu humano; por una especie de presentimiento, ó quizá por un rápido y seguro raciosinio de ese profundo pensador que se llama vulgo, hay gobiernos que se consideran estables y constituidos por mas que el huracán de las revoluciones los combata por todas partes, y por mas que elementos heterogéneos libren en su seno una terrible lucha amenazándoles con la disolucion; al paso que otros gobiernos se consideran, se sienten como interinos y provisionales, aunque hayan nacido en medio de la tranquilidad, formados por el espontáneo concurso de las voluntades, y al halago de las brisas de la paz y de la esperanza. El gobierno del Sr. Juarez era uno de esos gobiernos que se creian robustos, y permanente la situacion que él habia creado; al paso que en la administracion del Sr. Lerdo todos han sentido, aun cuando parezca una paradoja, una especie de interinato constante.

Por esa razon la noticia de la muerte de Juarez, como la de todas las grandes é inesperadas catástrofes, circuló con la rapidéz de la electricidad por toda la República, llenando de estupor y haciendo vacilar á todos los hom-

bres, ya que atacaban al gobierno á mano armada apellidando sufragio libre; ya que sostenian á Juarez llevando por bandera la legalidad; ya que acechaban las peripecias del combate para aprovecharse de los vaivenes de la suerte y sin llevar mas programa que la candidatura para la presidencia de D. Sebastian Lerdo de Tejada.

La República Mexicana no presentaba ciertamente en los momentos en que ocurrió la muerte de Juarez, un aspecto halagador. El aliento de fuego de la guerra civil habia inflamado los ánimos en toda la inmensa estension del país. Grandes batallas ó ligeras escaramuzas se daban dia à dia por todas partes; y si el rugir de los cañones atronaba los valles, el eco de la fusilería era repercutido por las cañadas y por las sierras.

El partido de Juarez y el partido del general Porfirio Diaz se batian mas que con arrojo, casi con ódio profundo. En tanto que el partido conservador y el partido que habia proclamado la candidatura del Sr. Lerdo de Tejada para la presidencia de la República, contemplaban con aparente tranquilidad aquella lucha, no sin que muchas veces el pueblo ó el gobierno acusasen sordamente á esos partidos, ya de prestar ayuda solapadamente á alguno de los contendientes, ya de procurar asusar á los beligerntes, re-crudeciendo los ódios y exaltando los ánimos por medio de la tribuna ó en la prensa.

La suerte de la guerra parecia ser favorable á la causa de Juarez. Despues de la célebre batalla de la Bufo, en que el General Rocha, batió en las inmediaciones de Zatecas al ejército del sufragio libre, la revolucion parecia haber perdido el aspecto amenazador conque se presentaba á fines del año de 1871, y el gobierno comenzaba ya á tener seguras esperanzas de sofocarla.

Sin embargo, aquellas esperanzas no estaban verdaderamente fundadas; aun la revolucion contaba elementos poderosísimos á la hora de la muerte de Juarez, porque una revolucion cuando entraña el deseo de un pueblo, cuando nace del abuso de un gobierno, lleva en sí el germen de su vitalidad, sin que la fortuna de las armas enemigas, ó la esquivéz de la victoria, sean bastante poderosas para sofocarla.

La derrota del gobernador Terrazas en Chihuahua, habia hecho al general Donato Guerra, que era uno de los principales caudillos de la revolucion porfirista, dueño de aquel Estado que por la distancia que le separa del centro, por su constitucion geográfica y por el carácter franco de sus habitantes, era, si nó un rico, sí un poderoso baluarte para los revolucionarios.

El general Guerra, poco conocido antes de esa revolucion, habia adquirido por su valor, por su caballeridad y por la subordinacion de sus tropas un gran prestigio en los Estados de la frontera del Norte y de Occidente. Este prestigio aumentó en Chihuahua desde los primeros dias de su permanencia en la capital, y el general Diaz á su llegada á aquel lugar, se encontró ya con este poderoso elemento de fuerza moral para organizar sus tropas y abrir nuevamente la campaña sobre el interior. El general Diaz que supo aprovechar ese elemento, dando allí con su presencia nuevo prestigio y mayor aliento á sus partidarios, aparecia desde Chihuahua como un verdadero peligro para el combatido gobierno del Sr. Juarez.

Por el Sur de la República se estiende desde las playas del Pacífico hasta las orillas del rio de Mescala, ese país fértil y rico en todas las producciones de la naturaleza, formado de inaccesibles montañas, cruzado por vertiginos-

sos barrancos, desconocido é inexplorado en su mayor parte; país legendario en la gloriosa guerra de independencia y que lleva como la corona de sus hazañas el nombre del general Guerrero.

En ese Estado en que por diez años se conservó inextinguible la antorcha de la guerra que anunciaba la libertad de un pueblo, hacia la campaña proclamando tambien sufragio libre en los dias de la muerte de Juarez, el general Vicente Jimenez.

El general Jimenez, nacido y criado en el Estado de Guerrero; que por mas de veintiocho años habia servido en el ejército liberal durante todas las guerras que habian destrozado aquel Estado; perfecto conocedor del terreno y de los hombres; emparentado con la familia del general Guerrero, y gozando de un gran prestigio en todos aquellos pueblos, era tambien un enemigo muy poderoso de la administracion de Juarez.

Jimenez habia sufrido algunos reveses; el gobierno del Centro habia mandado contra él muchas y buenas tropas, y una parte del Estado, siguiendo las iuspiraciones del general Diego Alvarez, habia tomado partido por Juarez; pero en aquellas sierras inespugnables, favorecidas por la temperatura y con soldados tan sobrios y tan sufridos como los del Estado de Guerrero, las ventajas obtenidas por el gobierno no podian considerarse sino como pasajeras; y Juarez que conocia tambien el país, no podia estar tranquilo por la suerte de su administracion en el Estado de Guerrero y en el Sur del Estado de Puebla.

En la Sierra de Puebla, la revolucion conservaba caudillos y tropas, de tal condicion los primeros y en tal número las segundas, que el gobierno no podia sino mirar con desconfianza sus efímeros triunfos en aquella parte de la República.

El general Juan Francisco Lucas, hombre de grande influencia en los pueblos de la Sierra del Norte del Estado de Puebla, y los generales Hermenegildo Carrillo y Juan Mendez, sostenian levantado por aquellos rumbos el espíritu de la revolucion, teniendo en jaque por un lado al Estado de Puebla y por otro al de Veracruz.

Las tropas del gobierno de Juarez en aquella campaña se habian internado algo en la sierra, pero habian cometido actos verdaderamente reprobables incendiando pueblos enteros, y dejando comprender que el plan de campaña trazado por el Ministerio de la Guerra, era obligar á todos aquellos pueblos pronunciados á rendirse, reduciéndolos á la miseria.

Hasta la muerte de Juarez, la campaña sobre la sierra de Puebla habia sido poco satisfactoria para el gobierno, y en esos dias este se habia conformado ya con tender su línea militar en las importantes poblaciones de Tezuitlan, Zacapoaxtla, San Juan de los Llanos, etc., teniendo las caballerías en el valle para impedir las invasiones de los soldados de la Sierra.

En el resto de la República en todos los demas Estados, habia gefes que perteneciendo al partido porfirista, andaban en armas seguidos de cuerpos de tropa mas ó menos numerosos ó disciplinados, pero que turbaban la tranquilidad pública, obligaban al gobierno á erogar fuertes gastos para mantener fuerzas en su persecusion; y podian de un momento á otro, en esa inconstante suerte de la guerra, convertirse de perseguidos en perseguidores, y de gefes de una partida, en generales de una division; porque todo el peligro para un gobierno está, no en la calidad de un gefe pronunciado ni en la clase y número de sus soldados, sino en la existencia de ese hombre, alzando

una bandera contra el gobierno; porque muy comunmente acontece entre nosotros, que en poco espacio de tiempo uno de estos gefes, oscuro guerrillero y ciudadano poco conocido, llegue por circunstancias inesplicables á ser uno de los caudillos principales de una terrible revolucion.

En la guerra no era por cierto muy halagador el cuadro que presentaba la administracion de Juarez en el mes de Julio de 1872.

En el terreno político el aspecto tampoco era satisfactorio. Los tres partidos de Lerdo, de Juarez y de Porfirio Diaz, tenian en el congreso un número con poca diferencia igual de diputados, lo que hacia muy variable el éxito de la lucha allí, porque aun cuando el partido Juarista era el dominante, uniéndose algunas veces Lerdistas y Porfiristas, podian contrabalancear el poder del gobierno.

La eleccion y reunion de ese congreso que fué el sexto constitucional, presentó tristes ejemplos de la intervencion del poder en las elecciones. Los gobernadores de los Estados eran, unos, partidarios de Juarez, otros de Lerdo y algunos de Porfirio Diaz, y cada uno de ellos procuró enviar á la cámara el mayor número de diputados adictos á su partido que le fué posible. Al reunirse el congreso, en la revision de credenciales, el partido Juarista que apareció al principio como dominante, comenzó á poner dificultades, unas de ley y otras de intriga para la aprobacion de las credenciales de los diputados Lerdistas; pero con escepcion de dos ó tres, todas las credenciales de los fueron aprobadas.

Sin embargo, con estos antecedentes se habian recondido los ódios políticos en la cámara, produciendo la inquietud en los ánimos, la alarma constante en la nacion y el aliento en los revolucionarios.

Hay en México, quizá por el carácter generoso de los mexicanos, que les hace ver con horror, no solo la venganza, sino hasta el castigo despues de un triunfo, un grupo bastante numeroso de hombres que encumbrados por su habilidad ó por la suerte, forman una bandería ó un grupo que está siempre del lado del poder, y que siempre goza de las consideraciones del gobierno, sea este imperial ó republicano, sea conservador ó progresista, y llámese el jefe Juárez, Lerdo ó Maximiliano. Este grupo de hombres es perfectamente conocido en la nacion; los nombres de muchos de ellos llegan á la memoria sin gran dificultad cuando se habla de estos proteos políticos; y sin embargo, por un movimiento inexplicable de los acontecimientos, cuando hay un cambio de situacion, si en los primeros dias se espera que caerá sobre ellas un castigo terrible, poco tiempo despues se les ve rodeando á la administracion, con gran influencia en ella, y lo que es mas, persiguiendo á los que en la situacion anterior habian hecho la guerra al gobierno sosteniendo las ideas despues triunfantes.

Muchos de estos hombres excitaban á Juárez á que tomase medidas violentas contra sus adversarios políticos, y con el mismo empeño procuraban la nulidad de la credencial de un diputado lerdista, que la destitucion de un empleado que no les parecia suficientemente adicto á la persona de Juárez. La situacion política no era tampoco, pues, de lo mas tranquila.

Para explicarse la profunda division del partido republicano no basta fijarse en la lucha electoral, cuyo desenlace fué la última presidencia de Juárez; preciso es buscar mas atrás la causa de esta division, y echando una mirada retrospectiva, tomar el origen de ese sisma que

tan terribles males ha causado y causará todavía á la República Mexicana.

A la caída del Imperio y despues de la toma de la capital de la República, el partido liberal republicano estaba en la apariencia verdaderamente compacto y formidable, y si el gobierno que llegaba de Paso del Norte hubiera tenido una poca de abnegacion y procurado obrar en justicia conforme á la ley y al espíritu dominante entonces, México se habria salvado entrando sin dificultad en el camino del progreso; pero no fué así.

Ya en el ejército comenzaba á zuzurrarse, aunque muy por lo bajo, que el presidente y los ministros que le habian acompañado en el Paso del Norte, tenian formada una especie de liga con el objeto de que el poder no llegase nunca á salir de ese pequeño grupo, prometiéndose poner, para conseguir tal objeto, todos los medios que estuvieran á su alcance. Se citaban frases terribles en boca de aquellos personajes, y se apelaba para probar la verdad de la noticia, al testimonio del porvenir.

Quizá aquello no era mas que la invencion de algunos de los muchos malquerientes de los hombres de Paso del Norte, pero se invocaba el testimonio del porvenir. Han pasado ocho años, y hemos visto que Juárez elevó á Lerdo, y Lerdo á Iglesias, y que el general Mejía no ha abandonado ni á Juárez ni á Lerdo, sirviendo á ambos con la misma energía y decision, conservado por ambos en el mismo puesto y con las mismas consideraciones; y todo esto nos hace creer que aquellos hombres que decian, que el plan político formado por el gobierno al venir de Paso del Norte, era conservar todo el poder en manos de aquel grupo, si no contaban lo que sabian, predecian lo que iba á pasar.

En todo caso, al presenarse el gobierno en México, ya por estas voces que habian circulado, ya porque el Gabinete tomaba el aire de vencedor con los mismos que habian abatido al imperio, la union del partido liberal no tuvo desde los primeros dias el carácter de franqueza y de expansion que era de esperarse.

Las primeras medidas administrativas de Juarez al volver á la capital, no fueron tampoco de lo mas acertadas; comenzó á darse de baja á las tropas voluntarias, sobre todo á las caballerías, que habian hecho la guerra contra la intervencion, sin hacer distinciones entre las que habian seguido en toda la campaña la bandera de la República, y las que se habian agregado á última hora. Esto trajo dos grandes inconvenientes, el disgusto natural producido por la injusticia de la medida; y despues, la inseguridad en los caminos y las poblaciones; porque un gran número de guerrilleros arrojados así repentinamente, fuera del ejército, provistos de armas y de caballos y acostumbrados á la vida errante y azarosa de la guerra de montaña, se convirtieron en ladrones.

Juarez debió haber espedido pocos dias despues de su entrada á México, la convocatoria para la eleccion de Presidente de la República, de Presidente y Majistrados de la Suprema Corte de Justicia, y de Diputados al Congreso general; tanto porque esto era indispensable para la reorganizacion de la República, cuanto porque el poder que Juarez traia y desempeñaba, se lo habia prorogado él mismo en el Paso del Norte, al concluir el periodo de su presidencia Constitucional; y si bien la nacion habia dado una prueba de patriotismo, conformándose con ese golpe de Estado, por salvar su independendencia, preciso era cuanto antes darla una satisfaccion volviendo al camino de la ley.

Juarez tenia entonces como el alma de la administracion y desempeñando la Secretaría de Relaciones Esteriores á D. Sebastian Lerdo de Tejada. El favor y la privanza de que gozaba este ministro no tenia ejemplar en las anteriores administraciones de Juarez. Lerdo disponia de tal manera de la confianza del Presidente de la República, y se le consideraba tan poderoso en la administracion, que á él, mas que á Juarez, se le solicitaba en cualquier negocio, y á él, antes que á Juarez, se procuraba ver en toda empresa ó en toda pretension política ó administrativa.

Los que han visto despues el papel insignificante que los secretarios del despacho han representado, primero al lado de Juarez y despues en la administracion de Lerdo; los que ven hoy lo que valen en la administracion y en la política el Ministro de Relaciones Lafragua ó el Ministro de Fomento Balcárcel, recordando lo que podía Lerdo en todo el tiempo en que desempeñó el Ministerio, comprenderán cuánta era la suma de poder que Juarez depositaba en manos del Secretario de Relaciones.

Lerdo tenia una influencia decisiva en el ánimo del Presidente, y como la política que adoptó este á su vuelta de Paso del Norte era tan distinta de la que habia tenido antes, todo el mundo culpó á Lerdo, y no sin razon, de ese cambio de política que ciertamente no daba garantías á los liberales de buena fé ni á los hombres verdaderamente constitucionalistas.

Juarez comenzó por nombrar una Corte de Justicia interina, para lo cual nunca podia tener facultades, por extraordinarias que fueran las de que se hallaba investido; porque la Corte de Justicia representa al poder judicial, que siendo independiente é igual en categoria al Ejecutivo,